

tros foráneos. Es importante destacar la gran obra de rejería que se desarrolla en la Catedral de Zamora, cuya capilla mayor y el coro dispuesto en la nave central se enriquecen con bellas obras debidas al patrocinio del cardenal Meléndez Valdés. Destaca la intervención de uno de los mejores rejeros de los primeros años del siglo XVI, el rejero Fray Francisco de Salamanca, lego cartujo, después dominico, que fue prolífico maestro de este arte en otros lugares eminentes (cartuja de Miraflores, monasterio de Guadalupe, catedral de Sevilla, monasterio del Paular, etc.).

También se catalogan las obras religiosas de época barroca, así como las obras civiles, no siempre bien valorados o conservadas, que tienen las tierras zamoranas en un nutrido grupo de ejemplos, especialmente en la ciudad de Zamora y en la de Toro. Fuentasaúco, Benavente y otros lugares más se suman a la nómina cumplida que aporta la Dra. Gallego de Miguel sobre la rejería de Zamora, que constituye una obra muy bien recibida por los estudiosos e interesados en su conocimiento y en la protección del patrimonio. Salvador ANDRÉS ORDAX.

BARRÓN GARCÍA, Aurelio A.: *La pintura mural en Valdeolea y su entorno*, Fundación Marcelino Botín, Santander, 1998, 356 páginas, con numerosas ilustraciones en color.

Este estudio del Dr. Barrón García ha sido escrito con motivo de la restauración, acometida en 1996 por la Fundación Marcelino Botín, de las pinturas murales del siglo XV de Mata de Hoz y de La Loma y de las pinturas murales del siglo XVIII de Hoyos de Las Henestrosas, todas ellas en Cantabria. En él Barrón no se limita al estudio de estos tres conjuntos pictóricos, sino que, de acuerdo con el título, plantea un panorama general sobre la pintura mural en la comarca a la que pertenecen. Tras una necesaria introducción de carácter geográfico e histórico Barrón se ocupa de los aspectos técnicos, estilísticos e iconográficos de estas pinturas murales, sin dejar de lado la comparación con ejemplos españoles y europeos. Posteriormente afronta el análisis de los distintos conjuntos pictóricos de Valdeolea y de su entorno situándolos en una secuencia cronológica que va desde la pintura mural románica hasta enlazar con las pinturas murales barrocas de Hoyos de Las Henestrosas. El libro se completa con un apéndice documental, con una amplia bibliografía y con un informe técnico sobre la restauración de los conjuntos pictóricos de Mata de Hoz, de La Loma y de Hoyos de Las Henestrosas redactado por Rocío Espejo-Saavedra.

Entre las principales aportaciones de Barrón como consecuencia de la especial atención que dedica a las pinturas murales del siglo XV cabe destacar su afirmación de que estas pinturas murales “deben encuadrarse en el hispanoflamenco” (p. 72). Con esta afirmación Barrón sitúa estas pinturas murales en el contexto estético e histórico que les corresponde y huye de su habitual mención “como pinturas retardatarias que priorizan el dibujo” (p. 71) o como pinturas en las que “domina la preponderancia del trazo del gótico lineal” (p. 72). Barrón justifica su afirmación al atender, por una parte, al carácter específico de la pintura mural, que no puede ser valorada de la misma manera que la pintura sobre tabla, y, por otra parte, al estado de conservación de estos conjuntos pictóricos, en los que a menudo se ha perdido la capa superficial de policromía y sólo se conserva el dibujo preparatorio. “El pintor de Valdeolea fue un pintor de su tiempo con una capacidad limitada” (p. 71), afirma Barrón, y esta es, sin duda, una de sus principales aportaciones. Con ella no sólo se sitúa un gran número de pinturas en el horizonte al que pertenecen, sino que también se despeja el camino para la revalorización de un concepto, el de gótico lineal, introducido por Gudiol Ricart en 1955; del que a menudo se ha abusado: lejos de haber sido tenido por un estilo de época, dominante durante buena parte de los siglos XIII y XIV y capaz de producir obras de una calidad y de un refinamiento absolutamente exquisitos (pienso, por ejemplo, en las pinturas murales de la capilla de San

Martín de la catedral vieja de Salamanca o en las de la Capilla Dorada del monasterio de Santa Clara de Tordesillas), se ha empleado el concepto de gótico lineal para referirse a obras de cronología diversa en las que, como en las pinturas murales de Valdeolea, predomina el trazo.

Al prestar una mayor atención a la pintura mural del siglo XV Barrón es capaz de plantear la personalidad del maestro de Valdeolea junto a la ya reconocida del maestro de San Felices (denominación propuesta por García Guinea que se ha impuesto frente a la de maestro de Revilla de Santullán que acuñara Post). Considera Barrón (pp. 164-165) que ambos artistas comparten técnica y modelos, pero considera la actividad del maestro de Valdeolea (“emplea un estilo más rudo y esquemático, utiliza arquitecturas y tronos de tradición trecentista”), que sitúa en torno a 1485, algo anterior a la del maestro de San Felices (“más evolucionado, se preocupa de modo más general por el volumen y los matices luminosos. Emplea una paleta de color más rica –con verde– y una afición particular por las telas suntuosas –brocados– y por los detalles ornamentales”), que sitúa en torno a 1500. Es probable, a juicio de Barrón, que el maestro de San Felices colaborara con el maestro de Valdeolea y que le sucediera al frente del taller.

Las aportaciones historiográficas señaladas, la amplia relación de pinturas que estudia, muchas de ellas dadas a conocer aquí por primera vez, el gran número de fotografías que ilustran la obra... hacen del libro de Barrón una obra de referencia para el estudio de la pintura mural medieval mucho más allá de lo que representa un estudio de carácter local. Fernando GUTIÉRREZ BAÑOS.

PÉREZ HERNÁNDEZ, Manuel: *La platería de la ciudad de Zamora*, Instituto de Estudios Zamoranos “Florián de Ocampo” (en colaboración con el Ayuntamiento y la Diputación de Zamora), Zamora, 1999. 361 páginas, más de 250 fotografías en blanco y negro.

Continuando con una trayectoria investigadora en el campo de la platería, que partió de los talleres salmantinos y que posteriormente se fue ampliando a la zona occidental de Castilla y León, Manuel Pérez Hernández nos ofrece ahora un amplio estudio de las obras conservadas de este arte en la capital zamorana.

Ha contado para ello con las aportaciones de estudiosos que le precedieron (Navarro Talegón, Ramos de Castro y Nieto González), pero ha incorporado también nuevos datos documentales, como la visita efectuada a los plateros zamoranos en 1737. De ella se deduce un modesto pasar en la situación de los artífices de la ciudad. Al parecer ésta fue la tónica general en el desempeño el oficio a lo largo de los siglos en la ciudad de Zamora. Al contrario de lo que sucedió en otros focos vecinos más pujantes, como Salamanca o Valladolid, no existió en la capital zamorana ninguna organización corporativa –ni como gremio ni siquiera como cofradía– más que hasta 1772, cuando se fundó el Colegio de Plateros, en cumplimiento de la Pragmática dictada por Carlos III. Sí que hubo, como en otras ciudades, algunas familias de plateros, que se transmitieron el oficio.

Pero además de la investigación en los fondos de los archivos, en el estudio de la platería es aún más importante la información que suele llevar incorporada la misma obra. El autor lo demuestra cumplidamente mediante la publicación de numerosas marcas de los contrastes y de los autores de las piezas.

Tras señalar los rasgos generales de las obras de platería pertenecientes a cada uno de los estilos o siglos estudiados, desde el XV al XIX, tanto desde el punto de vista tipológico como formal, Pérez Hernández cataloga casi doscientas piezas, la mayoría de ellas, como es habitual en la platería española, de tipo religioso. Entre ellas algunas tan espectaculares como la custodia gótica o el frontal barroco de la Catedral o tan singulares como el cáliz renacen-